

MEDITA CONMIGO

Mas vosotros no vivís según la carne, sino según el Espíritu, si es que el Espíritu de Dios mora en vosotros. Y si alguno no tiene el Espíritu de Cristo, no es de él. Pero si Cristo está en vosotros, el cuerpo en verdad está muerto a causa del pecado, mas el espíritu vive a causa de la justicia. Y si el Espíritu de aquel que levantó de los muertos a Jesús mora en vosotros, el que levantó de los muertos a Cristo Jesús vivificará también vuestros cuerpos mortales por su Espíritu que mora en vosotros. (Rom 8:9-11).

Tener el Espíritu de Cristo es lo mismo que tener el Espíritu de Dios, o tener el Espíritu Santo; la certidumbre que cada creyente tenga de que esto sea realidad en su vida es algo que ha sido puesto en el borde de la duda por las llamadas interpretaciones doctrinales, es decir, que algunas corrientes condicionan esta realidad a experiencias carismáticas, que de no tenerlas, hacen que el creyente viva inseguro de tener el Espíritu de Dios en él, pero en la doctrina apostólica jamás encontramos este tipo de condicionamientos; la verdad al respecto es tan sencilla que los que se conducen sometidos a un espiritualismo a modo han encontrado tropiezo en ella; el mismo apóstol Pablo nos enseña: Porque no me avergüenzo del evangelio, porque es poder de Dios para salvación a todo aquel que cree; al judío primeramente, y también al griego. Porque en el evangelio la justicia de Dios se revela por fe y para fe, como está escrito: Mas el justo por la fe vivirá (Rom 1: 17), reforzando esta afirmación con lo que fue escrito por Habacuc (2:4); El resumen de la enseñanza apostólica nos dice que el único modo de que Cristo venga a habitar en los hombres es por la fe (Ef 3:17); estas desviaciones doctrinales han dado lugar a que se haya puesto de moda orar al Espíritu Santo, cosa que no se ve por ningún lado en el Nuevo Testamento, sino más bien orar al Padre, en el nombre de Jesucristo, en el Espíritu Santo (Ef 6:18, Jud v 20).

El punto clave del asunto es tener la seguridad de que el Espíritu de Cristo vive en nosotros, lo cual es el resultado de haber creído con el corazón al evangelio (Gal 3:2), cuyo contenido esencial es: Creer que Jesús es Dios venido en carne; que murió en la cruz para pagar nuestro pecado; que resucitó de los muertos; que ascendió al Padre; y que retornará por todos los que en él creyeron, estén vivos o muertos. Esto indefectiblemente da como resultado que voluntariamente renunciemos a vivir sometidos a los deseos de la naturaleza humana, es decir, a la carne; algunos piensan que cuando las Escrituras dicen carne, se están refiriendo al cuerpo humano físico; no, la carne son todos aquellos deseos o inclinaciones que antes nos dominaban, y que por supuesto el depositario es nuestro cuerpo, al cual viciamos con ellos, y es por esto que con facilidad se piensa que el cuerpo en sí es malo; es por esto que el apóstol se ocupa de aclarar que aunque este cuerpo físico está destinado a morir porque el pecado ocasionó esto en nuestros primeros padres y ellos nos lo heredaron, este mismo cuerpo puede manifestar ahora la vida de Cristo en todo sentido, porque el Espíritu Santo que habita por la fe en nosotros es poderoso para hacerlo; y en lugar de que viva sometido a cualquiera de las cosas que Pablo enlista como obras de la carne en su epístola a los Gálatas, 5:19-21; ahora podamos experimentar el fruto del Espíritu de Dios que vive en nosotros, y que también enlista enseguida (Gal 5:22). Esto es el resultado de habernos identificado (bautizado) en la muerte de Cristo, lo cual quiere decir: crucificar la carne con sus pasiones y deseos (Gal 5:24).

Tu hermano el predicador

Fernando H. Nava